

El demonio del nihilismo: la imagen de Stavroguin en la novela de Dostoievski *Demonios*

Mijaíl Málishev

¿De dónde sacáis vuestra fuerza y vuestra fe? ¡Una fe sin Dios, una fuerza sin esperanza, y sin fin personal! ¿Dónde encontráis este poder de condenar conscientemente a la nada vuestra conciencia entera...?

M. BAKUNIN

El término “nihilista” apareció por primera vez en la novela de Ivan Turguenov “Padres e hijos”. Evgueni Basárov protagonista principal de esta novela se denomina a sí mismo y a sus amigos como “nihilistas”, quienes niegan los valores espirituales y estéticos y sólo reconocen los hechos irrefutables, establecidos por medio de la observación y el experimento. Según Basárov, la filosofía, el arte y la religión son nada más que la basura romántica. Al “hombre nuevo” le importa en primer lugar la utilidad del trabajo concreto y la valentía de ver la implacable verdad cualquiera que sea. “Un buen químico, dice Basárov, es veinte veces más útil que cualquier poeta”.¹ Este hombre no reconoce la autoridad de costumbres, instituciones y normas existentes y está dispuesto a quitar las máscaras a todos los principios reverenciados por sus antecesores. Basárov en su conversación con el viejo aristócrata Pavel Kirsanov proclama: “... En el tiempo actual lo más útil es la negación. Por eso nosotros negamos” “¿Todo?”. “Todo”. “¿Cómo? No sólo el arte, la poesía... sino da miedo decirlo...” “Todo”, repitió Basárov con indescriptible serenidad. “Entonces... ustedes lo rechazan todo, o dicho con más

exactitud, lo destruyen todo. Pero es necesario también construir.” “Eso ya no es cosa nuestra... Primeramente hay que desbrozar el terreno”.²

Pero el nihilismo de Bazárov, como lo muestra Turguenov, no tiene raíces profundas en su persona y a veces contradice a la lógica interna de su carácter. Detrás de su militante antiestetismo y antisentimentalismo se oculta el deseo de burlarse de los “principios sagrados” del bombástico y pomposo caballero Pavel Kirsanov. Al final de la novela, Bazárov se enamora de una bella mujer de la sociedad alta y sufre profundamente por haber sido rechazado a pesar de que anteriormente ironizaba sarcásticamente sobre los sentimientos amorosos de su

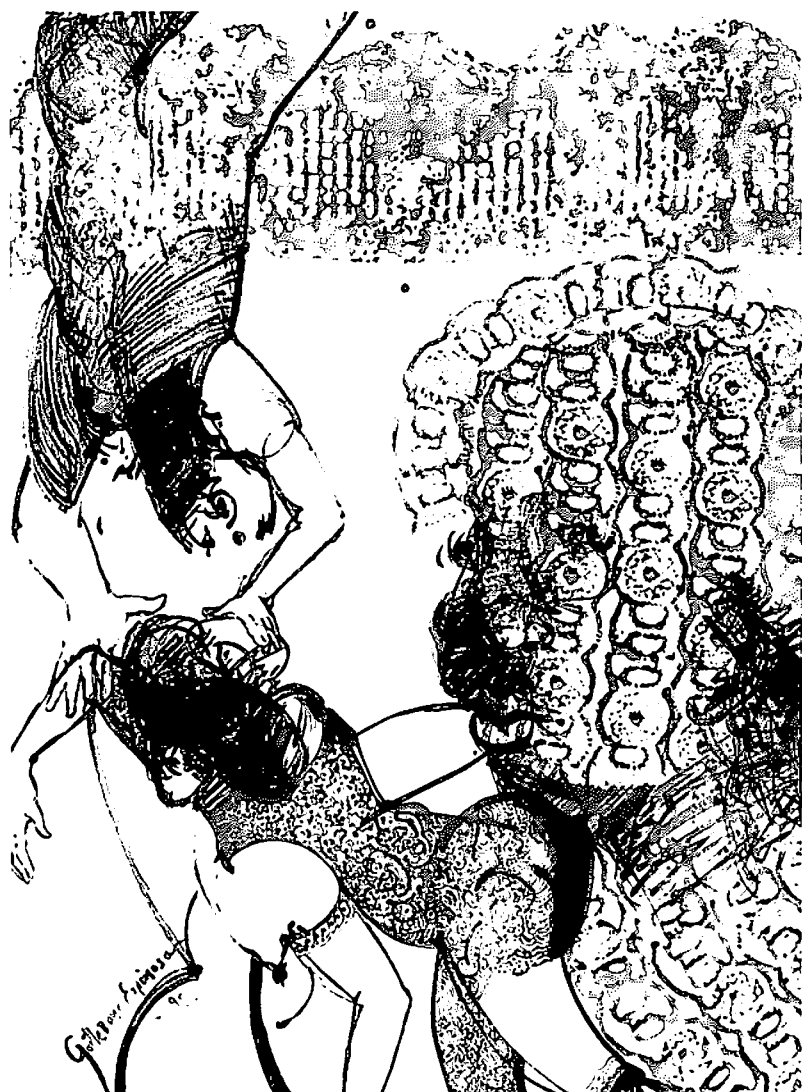
amigo Arkady. Aunque, según parece, Bazárov estaba dispuesto a llevar a cabo la transformación radical de los valores de sus padres y poseía la firmeza de no retroceder ante el empleo de la fuerza bruta en la realización de esta tarea, sin embargo, él guardaba todavía la esperanza en algunos principios sobre los cuales quería fundar “nuevos valores auténticos”.

El nihilismo de los protagonistas de Dostoievski se distingue substancialmente del nihilismo de Bazárov. Según Dostoievski, los demonios del nihilismo se anidan ahí donde no hay criterios firmes para la distinción entre el bien y el mal, donde la gente, al perder sus convicciones, se acomoda a las circunstancias y



Mijaíl Málishev Krasnova. Doctor en Filosofía. Investigador del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la UAEM.

se comporta según la moda, la opinión pública o sus intereses utilitarios. "Oiga usted", profesa su credo Piotr Verjovenski a Nicolai Stavroguin, "yo les tengo contados a todos: el maestro que se burla con sus chicos de Dios y de su cuna, es ya nuestro. El abogado que defiende el asesinato de un individuo culto, alegando que el asesino tiene más cultura que sus víctimas, y para procurarse dinero no tenía más remedio que matar, es ya nuestro. El colegial que mata a un campesino para experimentar emoción, es nuestro. El jurado que absuelve de todos los crímenes, nuestro. El fiscal que teme mostrarse en el juicio poco liberal, nuestro, nuestro. Los administradores, los literatos, ¡oh, nuestros!; terriblemente nuestros, y ellos mismos lo ignoran".³ A los demonios del nihilismo el escritor ruso los encuentra ahí donde se menoscaban las grandes cuestiones espirituales, se niegan el sentido absoluto de la vida humana y se elevan la utilidad material y el interés egoísta al grado de la verdad en la última instancia. Dostoievski considera que la fuente principal del nihilismo se arraiga en el relativismo moral, en la ausencia de las convicciones firmes, en la voluntariedad perversa que engendra en la conciencia del nihilista la tentación de ir "hasta el final", hasta la autodestrucción de su propia vida, lo mismo que la vida de los demás.



Lo primero que caracteriza al nihilista de este tipo es la repugnancia ante cierta falsedad del mundo que le rodea. Frecuentemente este aborrecimiento se acompaña por un sentimiento de vacío que es una consecuencia de la pérdida de las convicciones habituales, aunque ilusorias, ante la verdad implacable de la existencia. Esta sensación de vacuidad conduce a la pérdida del sentido de la vida. El lugar de la actitud positiva ante el mundo lo ocupan los afectos irracionales cuyas características axiológicas frecuentemente no tienen nada que ver con las propiedades objetivas de las cosas. "El nihilismo, como estado psicológico", escribe Nietzsche, basándose en sus juicios de la lectura de la novela de Dostoievski "Demonios", "surgerà primeramente, cuando hayamos buscado un 'sentido' a cualquier suceso que no lo tenga, de manera que el que busca acaba perdiendo el ánimo. El nihilista es entonces la consciencia de un largo despilfarro de fuerzas, la tortura del 'en vano', la inseguridad, la falta de oportunidad para rehacerse de alguna manera, de tranquilizarse todavía con cualquier cosa; la vergüenza de sí mismo, como si uno se hubiera mentido a sí mismo demasiado tiempo..."⁴

La vacuidad que el nihilista encuentra en su propia alma y en el medio ambiente que le rodea no puede ser expresada adecuadamente en otra actitud sino en la negación total —en el "NO" arrojado a todo el mundo falso, a toda la realidad mentirosa que no merece otra suerte sino el rechazo total. Detrás de esta negación apasionada llega una fase que se puede llamar el desprecio universal en que el nihilista se agota al fondo. En ninguna parte él no es capaz de encontrar algo positivo a excepción de la proyección de su propio nihil: para él ya no existe nada que no se podría rechazar, superar o estigmatizar con su desprecio o ironía. Pero la desmistificación de la realidad que al principio anima al nihilista luego se vuelve en su contra al no ser guiada por un concepto positivo que pudiera darle cierto sentido a su vida. Para el nihilista no existe ningún fundamento moral, no existe nada que tiene o podría tener valor sólido. La pérdida del fundamento del ser le lleva al vértigo y se le abren, entonces, ambos abismos: "el ideal madónico y el ideal sadónico". El filósofo italiano Pietro Prini caracteriza este estado como la "anulación de las opciones". "No hay absolutamente nada que lo determine a ser más que a no ser, al bien antes que al mal, excepto el abismo insondable de su elección. En esto consiste el drama más profundo de la existencia en cuanto cuestión de su elección... El efecto perverso del descubrimiento de los 'dos abismos' es de hecho la indiferencia del et-et: la anulación de las opciones".⁵

Un protagonista de este tipo de nihilismo que muestra una actitud despectiva tanto a la afirmación como a la negación, que padece la indiferencia ante el mundo y se desilusiona de todos los valores para hacerse creer a sí mismo en existencia de cualquier fin que merezca de ser alcanzado es Nicolai Stavroguin. En sus notas preparatorias a la novela "Demonios" Dostoievski caracteriza a Stavroguin así: "El príncipe es un personaje sombrío, apasionado, demoníaco, caótico quien no reconoce ninguna medida y quien llega a la pregunta superior de "¿ser o no ser?".⁶ En su carta a Daria Pavlovna un poco antes de tomar la decisión de suicidarse Stavroguin escribe: "Sé que debería matarme, barrerme de sobre el haz de la Tierra como a un vil gusano; pero le temo al suicidio, porque le temo a

demostrar generosidad. Sé que éste será otro error..., el último error en una serie infinita de errores. ¿A qué conduce el engañarse para fingir generosidad? Indignación y bochorno en mí nunca podrán darse; así que tampoco desesperación".⁷

A diferencia de otros portadores del nihilismo cuya ironía siempre está dirigida contra los otros, Stavroguin se desprecia a sí mismo en el mismo grado que a los demás. Al perder toda la actitud valorativa e interesada hacia el mundo Stavroguin comparece como un contemplador de sus propios impulsos que pueden conducirlo tanto al bien como al mal. La anulación de las opciones se transforman en la indiferencia omniabarcadora que no se detiene ante ningún peligro, no se somete a ninguna prohibición y no se reverencia ante ninguna autoridad sagrada. "He probado en todas partes mis fuerzas", escribe Stavroguin a Dascha. "Usted me había aconsejado que 'me conociese a mí mismo'. En las pruebas, para mí solo y para demostración, igual que antes, en toda mi vida, se ha acreditado de ilimitada mi energía... Pero ¿en qué emplear esta energía?... He ahí lo que no he visto nunca ni veo ahora tampoco..."⁸ Stavroguin adquirió su fuerza ilimitada no sólo por vencer su miedo o por sentir la embriaguez de la victoria, sino también, por demostrarse a sí mismo que es capaz de hacerlo. "En un desafío", describe su carácter el relator, "habría matado a su rival y habría acometido a los osos, si hubiera sido menester, y habría luchado también con un bandido en el bosque, tan victorioso e intrépidamente como L...n; pero en cambio sin pizca de placer y únicamente por una necesidad imprescindible y de un modo indolente, sin ardor, casi aburrido".⁹

Después de la bofetada que Schátov asestó a Stavroguin él le cogió "con ambas manos por los hombros; pero en seguida, en el mismo momento, retiró sus manos atrás y se las cruzó a la espalda. Callaba, miraba a Schátov y se ponía pálido como su camisa. Pero, cosa rara, su mirada parecía apagada. A los diez segundos sus ojos miraban fríamente, y..., estoy seguro de no mentir..., serenos. Sólo que estaba horriblemente pálido.... A mí me parece que si hubiera un hombre que, por ejemplo, cogiese una esfera de hierro al rojo vivo con el fin de probar su

entereza y luego, durante diez segundos, aguantase el intolerante dolor y concluyese por vencerlo, ese hombre habría soportado algo parecido a lo que experimentó en aquellos diez segundos Nikolai Vsevolodovich".¹⁰

Toda su vida Stavroguin sentía que es capaz de superar cualquier obstáculo y vencer cualquier peligro tanto para buenos como para los malos fines. "¿Es verdad", pregunta Schátov a Stavroguin, "que usted creía que no había distinción entre diversión voluptuosa, bestial y cualquier proeza, incluso la de dar la vida por la Humanidad? ¿Es cierto que usted en ambas cosas encontraba una belleza y placer idénticos?"¹¹ Stavroguin dejó esta pregunta sin la respuesta, pero más tarde se confesó en su carta a Dascha: "Yo..., lo mismo que siempre antes, soy capaz de querer hacer algo bueno y de sentir de ello placer; pero también deseo el mal y también en él siento satisfacción".¹² La reflexión sobre sus inclinaciones ambiguas engendra en la consciencia del nihilista una actitud despectiva hacia sí mismo. "...De mí sólo ha salido la simple negación, sin generosidad ninguna ni pizca de energía. Ni siquiera la negación me cuajó. Todo siempre liviano y débil".¹³

A la luz del análisis implacable de sus afectos al nihilista le parece sospechoso cualesquier impulso intenso, cualesquier idea elevada ya que, según su opinión, no pueden jugar otro papel que el de seducir, arruinar o destruir a su portador. "El magnánimo Kirilov", dice Stavroguin, "no pudo soportar la idea y... se pegó un tiro; porque, mire usted: yo lo tengo por generoso, porque no estaba en su sano juicio. Yo nunca puedo perder el juicio, ni tampoco nunca podría creer en la idea hasta el extremo que él. Ni siquiera ocuparme en la idea hasta ese punto puedo".¹⁴ Para el hombre que se puso a sí mismo por encima de todos los valores e ideales, la vida le parece insípida y él impulsivamente comete acciones absurdas: tira de repente por la nariz a un general, muerde la oreja a un gobernador,

públicamente besa a la esposa de Liputin en un baile. Como a los protagonistas de las obras de Sartre, al personaje del escritor ruso le son inherentes los "éxtasis puros": cada uno de los actos irracionales él los comete de tal manera como si el pasado no tuviera ningún poder sobre él. La ausencia de integridad en todos sus actos intencionales hace de Stavroguin una persona rara y enigmática. Ya que se comporta cada vez de manera diferente en diversas situaciones, no se parece a sí mismo, cada vez es otro. Como Proteo, es capaz de cambiar por completo su carácter. Sus vínculos afectivos con la gente que le rodea son atenuados a tal grado que le es profundamente indiferente la opinión pública sobre su persona. A veces su rostro parece una máscara que irrita incluso a aquellos que experimentan una simpatía extraña hacia él a pesar de su voluntad.

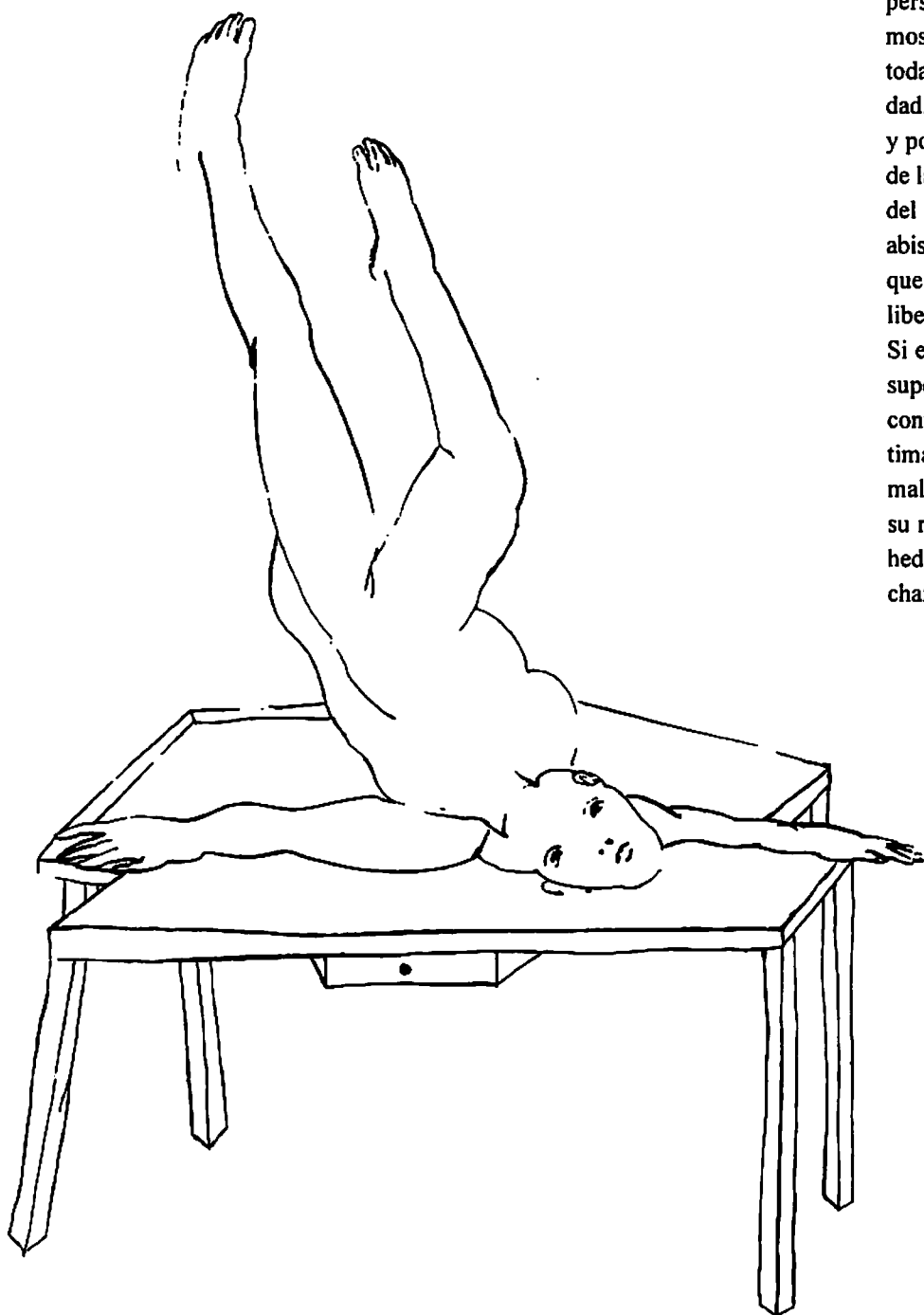
Y sin embargo, pese a todo Stavroguin ejerce una influencia casi mágica a la gente que le rodea, sin aplicar para esto ningún esfuerzo especial. Las mujeres, que se enamoran de él, están dispuestas a las últimas consecuencias, a sabiendas que él no puede darles nada, salvo sufrimientos y ruina. Schátov confía que Stavroguin pudiera "enarbolar la bandera" de la "nación deífera rusa", aunque desprecia la "orgullosa sonrisa del señorito ocioso". Piotr Verjovenskií quiere imponerle el papel de Zarevich Iván para levantar a su nombre el motín. En un arrebato de sinceridad maligna este demonio de las intrigas se le reconoce en su admiración. "¡Usted es mi ídolo! Usted no ofende a nadie, y todos le odian; usted los mira a todos con timidez, a usted todos le temen; eso es magnífico. Con usted nadie se propasa a ponerle la mano en el hombro. Usted es un aristócrata

tremendo. Un aristócrata, cuando se pasa a la democracia, es encantador. A usted no se le da nada de sacrificar la vida: la suya y la ajena. Usted es precisamente como es necesario que sea. A mí, a mí precisamente me hace falta un hombre como usted. Yo no conozco a nadie sino a usted. Usted es gufa, el sol y yo soy su gusano...".¹⁵ Pero el orgulloso e inabordable Stavroguin no puede querer a nadie. A Schátov, quien lo adora, (a pesar de asestarle una bofetada) Stavroguin le dice fríamente: "siento no poder quererle a usted". Al pasar una noche con Liza y al ver su desilusión él se ve obligado a reconocer su razón de odiarle: "Mortifícame, atórmame, desahoga conmigo la rabia... Estás en todo tu derecho. Yo sabía que no te amaba y te he perdido. Sí, yo aproveché el momento...".¹⁶

A Dacha a quien le invitó a ser su "enfermera" al tener la idea de establecerse en el cantón de Uri en Suiza, Stavroguin le dice: "...Yo no tengo piedad de usted al llamarla ni la estimo, cuando la aguardo".¹⁷

Al perder la fe en las normas morales y al abandonar como una ilusión vacía la idea de existencia de la dimensión ideal del ser humano, el nihilista se pregunta: ¿qué es ahora para mí la verdad? En el lenguaje del nihilista esta pregunta suena de otro modo: ¿existe dentro de mí algo que yo no fuera capaz de pasar por encima, burlar, denigrar o deshonorar? A este tipo de voluntad, que precede a cualquier acto del hombre perverso quien hace de la satisfacción de sus inclinaciones egoístas la condición del cumplimiento de las reglas morales, Kant le llamaba la

mala voluntad. Ésta tergiversa la relación entre las inclinaciones naturales y el deber moral. A esta voluntad Kant le llamaba el mal radical por que sus principios se basan sobre un fundamento mutilado. Así al inicio, a Stavroguin le parecía que la "última verdad" residía en las sensaciones corporales, pues él había acabado con el mundo de los ideales en el mismo instante cuando "demostró" que no existe ninguna norma moral que no hubiera podido superar. A su vez la búsqueda de sensaciones más intensas, esto es, las que más inmediatamente influyen al cuerpo (lo más intenso se iguala aquí con lo más real) inevitablemente conduce al nihilista al libertinaje. Pero lo que induce a Stavroguin a las aventuras eróticas tampoco se puede llamar "amor". Desde el punto de vista de la persona que "contempla ambos abismos" deben ser anulados todos los velos, todas las máscaras que falsifican la realidad. El amor tiene el afecto embriagador y por eso impide el conocimiento sobrio de la realidad en sí. La lógica implacable del nihilismo empuja a su portador al abismo de las sensaciones antinaturales que no son ya la combinación del goce y libertinaje, sino de éste y el sufrimiento. Si el sadismo es un libertinaje en que se supone que la persona recibe el placer contemplando el sufrimiento de su víctima, el nihilista consecutivo, inclinado al mal radical, trata de suprimir o excluir de su relación amorosa cualquier momento hedónico. Su actitud ante el mundo rechaza tanto el principio evangélico -"no



hagas a los demás lo que no quieres que te sea hecho” –como el lema sádico –“haz con tu prójimo todo lo que no quieres que te hagan a tí para sacar goce inmediato”. El principio que profesa Stavroguin se podría expresar más bien como: “haz con tu prójimo lo que te dé la gana de hacer, lo que más importa son las vivencias exóticas que acompañan tus actos”. El objetivo del libertinaje que practica Stavroguin tiene, si es posible expresarse así, un carácter del autoconocimiento o de experimentación sobre sí mismo, suprimiendo sentimientos naturales de compasión o de piedad a los sufrimientos de sus víctimas.

Stavroguin relata sus delitos en su “Confesión”, en el capítulo (que se llama “Con Tijon”) que Dostoievski desistió de incluir en la novela por razones de la censura y lo guardó en su archivo para incluirlo posteriormente en su novela “Vida de un gran pecador” que tuvo la intención de crear, pero nunca llegó a escribir. Este capítulo representa un nexo necesario e importante de la novela, sin el cual la personalidad de Stavroguin resultaría envuelta en una neblina romántica enigmática. Sin esta parte de la novela, su melancolía y vacuidad que le conducen a fin de cuentas al suicidio, se quedarían poco motivadas. En este capítulo Stavroguin se encuentra con Tijon, se confiesa de sus delitos (en forma escrita) y luego escucha la opinión del obispo sobre su “Confesión”. En un arrebato de sinceridad masoquista Stavroguin describe sus actos más bochornosos e ignominiosos. Así, él robó treinta y cinco rublos, todo el salario mensual de un funcionario pobre que era su vecino. Un día pensó que había perdido su cortaplumas, lo cual le informó a la patrona del departamento en donde alquilaba un cuarto y ésta, creyó que la cortaplumas la había robado su hija, Matríoscha, se fue en búsqueda de la escoba para apalearla. En el mismo momento Stavroguin encontró la cortaplumas encima de la cama, pero sin embargo, no dijo nada y la muchacha fue golpeada cruelmente por su mamá. “Toda situación afrentosa, desmedidamente humillante, repulsiva y, ante todo, grotesca en que me haya encontrado en mi vida”, comunica Stavroguin en su “Confesión”, “me ha inspirado siempre, además de una rabia sin límite, un deleite increíble. Lo mismo me ha ocurrido en el momento de cometer una acción bochornosa o exponerme a un peligro de muerte. Si yo hubiese robado, habríame encantado, en el instante de hacerlo, la consciencia de mi abyección. No es que me haya gustado la abyección (en este punto, tengo el juicio sano), sino que ese estado de embriaguez derivado de la penosa consciencia de mi ruindad, me gustaba. Igualmente, cuando tenía un desafío, en tanto aguardaba el disparo de mi adversario, apoderábase de mí ese mismo sentimiento insensato, vergonzoso, y a veces con desusada fuerza. Confieso que con frecuencia buscaba yo las ocasiones de saborear esa sensación que sobrepasa para mí en energía a todas las demás”.¹⁸

La descomposición de la personalidad de Stavroguin alcanza su máxima expresión en la seducción de una muchacha, hija de la casera que tenía sólo doce años. Cuando él estupro a Matríoscha por un capricho extraño incomprensible para él mismo, la niña tras sentir brevemente exaltación, luego cayó en una desesperación tan profunda que él entendió que ella se considera a sí misma terriblemente pecadora, digna de la pena capital, por ‘haber matado a Dios’. Pero en lugar de haber padecido compasión el seductor sintió un odio a su víctima no tanto por el temor de la responsabilidad por su acto bochornoso como por la

pérdida del autorrespeto. Después de algunos días de enfermedad, provocada por el choque de la violación, la niña tomó la decisión de suicidarse. Al aparecer en el umbral de su cuarto ella, según las palabras de Stavroguin, “de repente volvió la cabeza, como suelen hacer en señal de reproche los seres ingenuos y primitivos, y de pronto alzó su puñito y me amagó con él desde allí... Tenía en su cara una desesperación impropia de una niña”.¹⁹ Después Matríoscha se fue al camaranchón y Stavroguin sospechó que la muchacha había decidido ahorcarse. Pero en lugar de prevenir el suicidio él se detuvo en su cuarto media hora grabando en su memoria todas las impresiones; la mosca que venía a posarse sobre su cara la agarró y la echó por la ventana, pero no movió ni un dedo para evitar la muerte de la desgraciada criatura que él había empujado a la horca. Echando una mirada a la rendija de la puerta de camaranchón y cerciorándose que la niña está muerta, Stavroguin se fue a jugar los naipes. Aunque aparentemente estuvo alegre y contento y no tenía murria, sin embargo, dentro de él se desfrenaba el resentimiento. “...Yo sabía, en medio de mi alegría por mi liberación, que era un ruin, un vil cobarde; sabía que nunca más volvería a ser persona decente”.²⁰

Para un hombre dotado de orgullo satánico la toma de consciencia de su vileza significa la pérdida de todo autorrespeto. Después del acontecimiento trágico con Matríoscha, él, según su propio reconocimiento, habría olvidado todo “si por algún tiempo no me hubiese acordado, con rabia, de mi miedo... Por entonces se me ocurrió la idea de poner término a mi vida del modo más repugnante”.²¹ Stavroguin buscaba el autocastigo, pero no por el arrepentimiento, sino por el dolor del orgullo herido. Por su propio reconocimiento, “un año hacía ya que meditaba pegarme un tiro; pero había algo mejor. Una vez hubo de mirarme María Timoféyevna, la coja, que andaba por allí, y que entonces aún no había perdido de todo el juicio, siendo sencillamente, una idiota. Estaba locamente enamorada de mí (lo que todos sabían), y yo decidí de pronto casarme con ella”.²² No obstante, en la profundidad del alma de Stavroguin se guarda la imagen de la desgraciada muchacha que se suicidó por su capricho concupiscente. Un día, bajo la impresión del cuadro de Claudio Lorrain “Asis y Galatea”, Stavroguin vio un sueño pastoral y de repente, según sus propias palabras, “vi a Matríoscha, postrada y con ojos de fiebre, exactamente como aquella vez en el umbral, y movía la cabeza y alzaba, amenazándome, su puñito. Nunca hasta entonces había sufrido yo tal suplicio. La lastimera desesperación de la desamparada criaturita que me amenazaba (¿con qué?). ¡Oh Dios!, ¿qué podía ella hacerme?, pero que, naturalmente, se echaba a sí misma toda la culpa. Estuve sentado así hasta la noche, inmóvil, y olvidé el tiempo. No sé si serían remordimientos de consciencia o contrición; hoy mismo no podría decirlo”.²³ Desde aquel entonces la figura de niña con su puñito levantado y amenazante, como un espectro de Macbeth, perseguía al protagonista de Dostoievski. Pero a

diferencia del personaje de Shakespeare, la imagen de Matríoscha, según la confesión de Stavroguin, “no se me aparece espontáneamente, sino que soy yo quien lo provoco y no puedo menos de hacerlo así, aunque eso me haga la vida imposible”.²⁴

Al terminar la lectura de la “Confesión” Tíjon entendió que el remordimiento de consciencia de Stavroguin todavía no se había convertido en arrepentimiento. Aunque le torture el recuerdo sobre el mal causado a la criatura inocente, él no tiene la fuerza suficiente de superar su soberbia y condenarse a sí mismo. Dostoievski muestra que el nihilista que llegó al grado extremo del orgullo se libera también del amor propio porque no necesita del elogio ajeno: se contenta con el autorreconocimiento. Evocando la imagen de la desdichada niña, Stavroguin busca el sufrimiento como un instrumento del autocastigo para merecer la purificación y liberarse de su culpa. Él entiende que si no alcanza este fin, puede llegar al máximo grado del satanismo. Pero esto quiere decir que el sentimiento de culpa que Dostoievski aspiraba despertar en cada hombre es necesario en cada persona para no perderse a sí misma y no polvorizarse en una serie de actos caóticos. Y si esta percepción del vínculo con sí mismo “de ayer” se alcanza a veces por medio de los recuerdos penosos y las vivencias atormentadoras, no obstante el hombre no tiene derecho de huir de esta consciencia si quiere conservar la base de su mismidad

La toma de consciencia de la mesquindad y perversidad de su persona conduce Stavroguin a la vacuidad extrema de su alma y a la pérdida de autorrespeto. La impotencia espiritual y la vacuidad de carácter de Stavroguin la expresó bien su amigo Kirilov: “Stavroguin, si cree, no cree que cree. Si no cree, no cree que no cree”.²⁵ A veces él hasta no puede distinguir las visiones de su fantasía de la realidad. La imagen de Matríoscha que le amenaza con el puñito él la considera ya como una visión real, ya como el fruto de su fantasía morbosa.

La esposa de Stavroguin, la coja, limitada en su mente, pero pura en su corazón tuvo luces de clarividencia cuando le dijo: mi esposo es “un águila auténtico y príncipe, mientras que tú... eres un mochuelo y un mercanchifle” “¡Largo de aquí, impostor!— exclamó ella imperiosamente— ¡Yo soy la esposa de mi príncipe, no le temo a tu puñal!... Tú llevas el puñal en el bolsillo”.²⁶ Estas palabras en apariencia incoherencias de una loca resultaron proféticas. Algunos ratos más tarde Stavroguin arrojó a Fedka, el presidiario, un montón de dinero y de esta manera le instigó al asesinato de su esposa. La última aventura amorosa de Stavroguin con Liza es sólo un episodio, un intento débil de encontrar algún contenido positivo en su vida vacía. Cuando esta tentativa había fracasado y la Coja junto con su hermano habían sido muertos por Fedka, a Stavroguin no le quedó otra salida sino reconocerse como un vil gusano que no debe existir en esta tierra.

La figura de Stavroguin es la encarnación viva de la filosofía del absurdo y representa el apoteosis de la sinrazón. Lo mejor posible se puede caracterizar al personaje de Dostoievski con las palabras de Albert Camus: “Quizá sea falso decir que la vida es una elección perpetua. Pero es cierto que no se puede imaginar una vida privada de toda elección. Desde este simple punto de vista, la posición absurda, de hecho, es inimaginable. Es inimaginable también en su expresión. Toda filosofía de la no-significación vive en la contradicción por el hecho mismo de

expresarse. Da así un mínimo de coherencia a la incoherencia, introduce consecuencia en lo que, de creerla, no la tiene”.²⁷

Según Dostoievski, la verdadera tragedia del nihilista, quien se extravió en el laberinto de las opciones vitales y perdió el criterio de distinción entre el bien y el mal, consiste en el olvido de los valores del humanismo, legados por Jesús Cristo. Al tomar consciencia de las nefastas consecuencias del rechazo a los valores evangélicos, Verjovenski-padre, el educador de Stavroguin, antes de su muerte descubre la verdad importante tanto para sí mismo como para Dostoievski: “La ley toda de la vida del hombre se reduce a que el hombre puede inclinarse siempre ante lo infinitamente grande. Si se les privara a las gentes de lo infinitamente grande, dejarían de vivir, morirían en la desolación. Lo inconmensurable y lo infinito son, pues, tan indispensables para el hombre como este planetilla en que vive”.²⁸ Δ

Notas de referencia

1. Turguenev, Ivan. *Padres e hijos*. Alianza, Madrid, 1971. p. 31.
2. Ibid, p. 54.
3. Dostoievski, Fiodor. *Obras completas*. T.III, Aguilar, México, 1991, p. 293.
4. Nietzsche, Friedrich. *La voluntad de poderío*. EDAF, Madrid, 1981, p. 35-36.
5. Prini, Pietro. *Historia del existencialismo*. Herder, Barcelona, 1992, p. 17.
6. Citado en Rosenblum, Lia. *Los diarios creativos de Dostoievski*. Ciencia, Moscú, 1981, p. 196.(en ruso)
7. Dostoievski, Fiodor. Op. cit., p. 460.
8. Ibid, p. 459-460.
9. Ibid, p. 153.
10. Ibid, p. 154.
11. Ibid, p. 185.
12. Ibid, p. 460.
13. Ibid, p. 460.
14. Ibid, p. 460.
15. Ibid, p. 292.
16. Ibid, p. 361.
17. Ibid, p. 459.
18. Dostoievski, Fiodor. Op. cit., T.IV, p. 992-993.
19. Ibid, p. 996.
20. Ibid, p. 997.
21. Ibid, p. 998.
22. Ibid, p. 998.
23. Ibid, p. 999-1000.
24. Ibid, p. 1000.
25. Dostoievski, Fiodor. Op. cit., T.III, p. 422.
26. Ibid, p. 200-201.
27. Camus, Albert. *El hombre rebelde*. Alianza, México, 1989, p. 14-15.
28. Dostoievski, Fiodor. Op. cit., T.III, p. 453.